

MARÍA TERESA CÁRDENAS

“Yo soy un escritor bien intuitivo, tengo un método, pero un método relajado, y más bien me voy guiando por mis intuiciones”, dice a través de la pantalla el ganador de la vigésimo novena versión del Premio Revista de Libros, Rodrigo Atria Benaprés (Santiago, 1952). Esto, para explicar cómo surgió *Clara en la noche, Muriel en la aurora*, la novela que los integrantes del jurado —el crítico mexicano Christopher Domínguez Michael y los chilenos Gonzalo Contreras, escritor, y Macarena Areco, académica— eligieron por unanimidad en el pasado mes de abril.

Publicada por Ediciones El Mercurio, *Clara en la noche, Muriel en la aurora* tiene como protagonistas a un profesor de agronomía ya jubilado y a una francesa que, enviada por la Dirección de Espacios Verdes y Medioambiente de la Municipalidad de París, viaja a Santiago para montar una exposición y dar charlas sobre el jardín *à la française* en el Museo de Arte Moderno —como se llama en la novela— de la Quinta Normal. Antes de conocerse, Samuel Vitoria despierta el interés de Muriel cuando le cuentan acerca de este botánico que durante años ha tratado de crear una rosa negra. Un sueño que remite al pasado del profesor Vitoria y que, al compartirlo con Muriel, revelará también un mundo ya desaparecido o degradado, en el que destacaba la influencia francesa en la arquitectura y los parques. “Realmente el impacto que tenía Francia en Chile en el siglo XIX y bien entrado el siglo XX era muy grande. Pero no solamente en arquitectura, en un montón de disciplinas”, puntualiza el autor. Así, la trama se va entrelazando con la historia familiar de Samuel, en la que predominan las pérdidas.

### Emoción por La Quinta Normal

“El amor entre los protagonistas es un amor desvelado desde el punto de vista de la edad, pero no desde el punto de vista de la pasión, del sentimiento”, explica sobre la relación que surge entre Muriel y el profesor Vitoria, 25 años mayor que ella. “Es un amor esperanzador, un encuentro fortuito que se da gracias al mundo vegetal y que tiene que ver también con el mensaje que Muriel intenta dar: si, el jardín francés está muerto, pero cómo podemos leer la pasión de esos jardineros por las flores, por las plantas, por la naturaleza. Ella dice mímole los árboles de otra manera: dependemos de los árboles, somos árboles. Es pérdida, es un mundo que se fue, son relaciones que murieron, pero existe la esperanza”.

Intuitivo, como se define, Rodrigo Atria cuenta que la escritura de esta novela “parte con una vieja emoción por la Quinta Normal”, donde vivió cuando niño, ya que su padre, ingeniero agrónomo, era el administrador. Después de doctorarse en la Universidad de Notre Dame, en Estados Unidos, el autor regresó en 1990 y llevó a sus hijas a conocer la casa de su infancia. “Una casa chilena, antigua, preciosa; con un patio interior y un parrón”, recuerda. “Y no existía”.

En su lugar se encontró con un estacionamiento. “Años después, fui de nuevo y el invernadero estaba destruido. Cómo es posible que dejemos degradar estos pequeños tesoros, de los cuales no somos un país pródigo”, se lamenta.

Las ganas de escribir sobre la Quinta Normal —que es prácticamente un tercer protagonista— le rondaban hace tiempo, cuando, en 2019, viajó a Francia con su mujer y tuvo una segunda intuición. “La idea específica de la exposición de jardines franceses mostrada con juegos de luces me la inspiró una visita a l'Atelier des Lumières, en París. Una experiencia hermosa, mágica y mística —señala—. De hecho, en un comienzo la novela se iba a llamar ‘El jardín francés’”.

### El sueño de la rosa negra

La novela está dedicada “A la memoria de Fernando Atria Ramírez, que amaba las plantas y las flores como ninguno...”. “Mi papá murió cuando tenía 11 años, yo era chico y duró tres o cuatro meses, y de un día para otro desapareció de mi vida —recuerda—. Pero yo tenía una relación con él muy especial, muy sólida. Yo lo acompañaba a sus actividades en la Quinta, me llevó muchas veces al invernadero y hablabamos de las plantas y de las flores, y de ese sueño de la rosa negra. Siempre le escuché hablar de injertos, esquejes, almárgicos, botones... Sabía los nombres de las flores en latín, andaba con un microscopio portátil para mirar semillas y otras minucias botánicas”.

Sobre la rosa negra, reflexiona: “Es una especie de ‘grail’ botánico cuya búsqueda es capaz de comprometer y mover el espíritu de un ser humano. Probablemente mi padre ni siquiera hizo experimentos para conseguirla, pero esa idea, esa ensañación, fue como una semilla que él plantó en mí cuando yo era un niño y que germinó ahora en la novela”.

En ella, Samuel le cuenta a Muriel la historia de los años 30 se propone crear una rosa negra para ganarse el amor de Clara, alumna, como él, de la carrera de Agronomía en la Quinta Normal y respetado profesor Carnevalle. Pero es su compañero y amigo Manuel Blanco quien lo gana conquistarla con un anuncio más terrenal: su ingreso al movimiento nacionalsocialista chileno. Así, el trasfondo histórico de la novela está marcado por dos acontecimientos dramáticos. El primero es la matanza del Seguro Obrero, en 1938.

—¿Cómo enfrentó el desafío de contar con novedad un episodio sobre el que se ha escrito tanto?

—Bueno, led todo lo que pude sobre el tema. Los hechos que se narran son bastante reales: por ejemplo, la toma de la radio Huke, que después se llamó Nuevo Mundo;

ENTREVISTA 29º Premio Revista de Libros de El Mercurio

# Rodrigo Atria: “Yo soy feliz escribiendo”

Con su novela *Clara en la noche, Muriel en la aurora*, el periodista, escritor y cientista político chileno se impuso entre los más de 400 autores que participaron en este tradicional certamen organizado por “El Mercurio”, CMPC y, desde este año, la Pontificia Universidad Católica de Chile. También por primera vez hubo un país invitado, Argentina. Publicada por Ediciones El Mercurio, la obra ganadora ya se encuentra en librerías.

efectivamente intentaron lanzar una proclama, y no funcionó, porque el radioperador les pagó el micrófono. Yo creo que el secreto de esa novedad está en el personaje de Manuel Blanco y el amor que siente por Clara. Es eso lo que rejuvenece el tema.

El segundo episodio histórico es el golpe de Estado de 1973. “No sé si está bien que lo diga yo, pero de alguna manera la novela es un reflejo de la historia chilena del siglo XX. Y existen esos dos momentos dramáticos que fueron muy marcadores para la sociedad en su conjunto, no solo para la sociedad institucional. El impacto que tuvieron duró en muchas familias hasta el día de hoy; con mayor razón en el caso del golpe, porque fue mucho más universal, más generalizado”.

### Un “relámpago juvenil”

*Clara en la noche, Muriel en la aurora* está estructurada en cuatro partes más un epílogo, y cada capítulo se inicia con la descripción de un lugar o una especie natural: “Bogatelle”, “Orangerie”, “Invernadero” y “Semillas” en la primera parte; la ya desaparecida “Casa de botellas” y otras construcciones del barrio Quinta Normal, en la segunda; luego “El Palacio de la Hacienda Quilpué” y “Árboles”; y finalmente, “Rosas”.

Rodrigo Atria terminó de escribir la novela a principios de octubre pasado y entonces la leyó su mujer. “La Loreto es una crítica literaria, es psicóloga, entonces tiene un estilete muy acertado y además es una gran lectora. Yo confío mucho en su criterio, aunque discutimos harto; pero en general, a medida que pasan los días y se va decantando la escritura, ella va teniendo razón”, cuenta con humor. En este caso, sin embargo, no necesitó argumentos, porque, después de leerla —suenta— le dijo: “Hay que arreglar unas cosas, pero la novela está redonda”.

Y decidió participar en el Premio Revista de Libros. “La idea de concursar siempre estuvo ahí”, reconoce. “Yo creo que, en el ámbito privado, este es el premio más importante que se otorga anualmente en las letras chilenas. Entonces dije ‘bueno, llegó el momento’. Y tuve la fortuna de que el jurado tomó la decisión correcta”, afirma riéndose.

—¿Qué sintió al saber la noticia?

—Fue una tremenda emoción. A estas alturas de mi vida, en que voy camino a los 70, no hay muchas emociones o son emociones algo trágicas, emociones mortuorias, se empiezan a morir tus amigos, los papás ya no están, la familia, los primos están viejos. Entonces recibir esta noticia fue una emoción comparable a un relámpago juvenil.

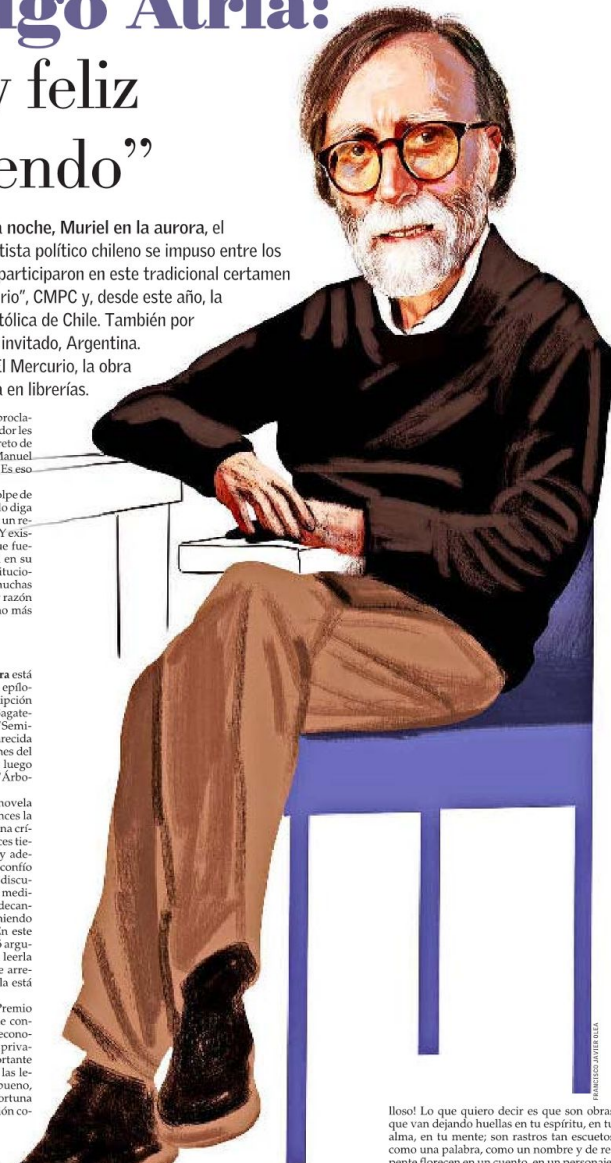
### Intuitivo y sistemático

Periodista de la Universidad Católica y cientista político, Rodrigo Atria trabajó en prensa y televisión en Barcelona, donde estuvo exiliado entre 1974 y 1982. De vuelta en el país fue parte del equipo de la revista *Así* y publicó, en coautoría, el libro de investigación *Chile. La memoria prohibida*. También es autor de novelas, como *La hija del mercader de Venecia* y *Coplas de sangre*; cuentos, poesía y memorias. “Tiene otras cuatro novelas listas. En 2018 jubiló después de 23 años en el Ministerio de Defensa.

“La vocación, ese espíritu de ser escritor, ha estado siempre en mí”, afirma. Desde su adolescencia en el Liceo Alemán, donde hubo dos profesores de castellano que lo marcaron —José Araos y Julio Orlandi— y que le hicieron cambiar la biología por la literatura. Incluso, recuerda, “debo haber estado en cuarto o quinto de humanidades y escribí dos novelas, de más de cien páginas cada una, y en un arrebato de romanticismo juvenil estúpido, las quemé”.

—¿Qué representa hoy la escritura para usted?

—Aunque he sido un escritor de publicaciones esporádicas, esa temporalidad me ha permitido revivir y mantener siempre en barbecho la escritura. Hasta que ahora se conjugaron las condiciones que me permiten tener tiempo libre y dedicarme realmente a esto. Yo soy un tipo feliz escribiendo, independientemente de que se publique. Tiene que ver con, no sé cómo llamarlo, una satisfacción personal. Lo paso bien escribiendo y leyendo. Aclara que es “muy intuitivo, pero tam-



lloso! Lo que quiero decir es que son obras que van dejando huellas en tu espíritu, en tu alma, en tu mente; son rastros tan escuetos como una palabra, como un nombre y de repente florecen en un cuento, en un personaje, muchos años después”.

Entre sus lecturas actuales, destaca la literatura japonesa. “Tienen unas escritoras extraordinarias”, afirma, como Hiromi Kawakami, con *El cielo es azul, la tierra es blanca*; Yuko Tsushima, autora de *Territorio de luz*; y Aki Shimazaki, de *Házaki*, la librería de Mitsuho.

### Maestros de vida

—¿Qué importancia tiene para usted el lenguaje, que parece otro protagonista de la novela?

—¿Qué bueno que toques ese punto. En la universidad hice clases de filología, entonces sé cómo el lenguaje se modifica por el habla, no voy a entrar en eso, pero hay cuestiones que a mí me impactan y me molestan, como la superficialidad con que en Chile se toma el tema del lenguaje. Y particularmente en los profesionales que tienen el lenguaje como un instrumento de trabajo: por ejemplo, los periodistas. Se puso de moda hablar en infinitivo: ‘ministro, preguntar...’, ¿qué es eso? O el uso excesivo, brutal, de los gerundios. O el verbo iniciar: ‘inician los juegos olímpicos’, entonces tú dices, a ver, para un poco, ¿quién inicia los juegos olímpicos? El castellano es un hermoso idioma, pero hay que conocerlo, y hay que cuidarlo.

—Ese alegato hace recordar a Guillermo Blanco, que tenía una verdadera cruz por el buen uso del castellano.

—Fui amigo y alumno de Guillermo... En la universidad tuve varios profesores escritores que me marcaron, no tanto desde el punto de vista de la escritura, sino humano: Luis Domínguez, que tenía un taller literario del cual yo fui parte, el año 72; Lucho fue un gran tipo, teníamos una distancia generacional grande, pero fuimos amigos. Alfonso Calderón, otro gran escritor y literato, fui su ayudante en Redacción; Guillermo Blanco, que además era un extraordinario ser humano, y Antonio Skármeta. Al lado de esos trasatlánticos, uno espera haber recibido algo.

La vocación, ese espíritu de ser escritor, ha estado siempre en mí”.

En la universidad tuve varios profesores escritores que me marcaron, no tanto desde el punto de vista de la escritura, sino humano”.

bien muy sistemático: escribo todos los días, de lunes a domingo, por las mañanas. A veces, cuando el texto ‘me lo pide’, también escribo por la tarde”. En ese proceso, es fundamental la investigación y “estar leyendo buena literatura, buenas novelas; en ellas encuentro, de repente, una frase o una idea que me puede sacar de un pantano imaginativo. La lectura es vital”.

Dice que le cuesta reconocer influencias literarias, pero sí “hay libros que han sido capitales para mí: por ejemplo, una novela maravillosa, que a mí me marcó mucho y que todo escritor debería leer: *La escritura o la vida*, de Jorge Semprún. Para él, la lectura también fue una vocación temprana. “Hay un libro de Lin Yutang. Un momento en Pekín, que debo haber leído a los 13, 14 años. Fue tan impresionante, de repente, una frase o una idea que me puede sacar de un pantano imaginativo. La lectura es vital”.